

¿A qué vienen los Protestantes?

Desde no ha mucho tiempo a esta parte se está notando, en las naciones hispanoamericanas sobre todo, un recrudecimiento extraordinario en la propaganda masónica y protestante. En algunas naciones este expansionismo ha tomado carácter de invasión. Estamos en plena ofensiva masónico-protestante. Ambas sectas van tomando poco a poco posiciones estratégicas, como si premeditaran una campaña a fondo contra las creencias religiosas del pueblo católico salvadoreño.

Dado el auge que ha tomado la campaña protestante principalmente, la jerarquía eclesiástica de varias naciones ha dado la voz de alarma ante el peligro inminente que las amenaza.

La Masonería, como más astuta, se va infiltrando solapadamente, y procura ir conquistando a individuos incautos que ocupan puestos claves en la administración de los estados, para poder ir influyendo desde allí, con la imposición de sus principios, en el resto de la nación. Esta secta es más de temer porque en su lucha no presenta la cara. Al contrario cubre sus malévolas intenciones con apariencias bonachonas y aun virtuosas. Pero éstas son apariencias solamente. Los hechos se encargarán más tarde de decirnos quiénes son y cuáles eran sus verdaderos propósitos e intenciones.

Por sus frutos los conoceréis, dice Jesucristo en el Evangelio. Porque de un árbol malo y corrompido no se pueden esperar buenos frutos.

Consta en nuestro poder, aun antes de ser publicado en el diario La Tribuna un documento revelador. Se trata de las conclusiones aprobadas en el Congreso laico-masónico celebrado hace algún tiempo en Montevideo. Es todo un programa concebido por los santones del laicismo y de la impiedad. La famosa trilogía del rabioso laicismo francés Ferry, Waldeck-Rousseau y Combes lo hubiera aprobado a pie juntillas.

Mas dejemos por hoy este tema, más tarde pensamos ocuparnos de ello más detenidamente.

Ahora queremos hacer un comentario sobre la intensa y descarada propaganda protestante que de manera manifiesta se ha desatado en nuestra república, en la república del Divino Salvador.

Esta propaganda es un hecho descarado y atrevido entre nosotros: emisiones variadas por radio están a la orden del día, abundante propaganda hablada y escrita, conferencias y congresos internacionales, cine, proyecciones, músicas escogidas, cantos, colones, dulces, todo lo que de una manera u otra puede atraer a la gente sencilla, la única a la que logran engañar. Y esas "girls" que con tanto descoco ofrecen los evangelios en las calles y plazas, ¿creerán que por su cara bonita y sonrisa agraciada vamos a renegar a nuestra religión, legado sagrado de nuestros padres? Seremos prevaricadores, pero renegados no.

Los protestantes con su proselitismo han invadido la ciudad y el campo. Visitan los hospitales, cárceles, y toda concentración humana en donde asaltan a los incautos.

Una anécdota que pone a las claras el cinismo de algunos pastores y pastoras. Apenas se concentraron los damnificados por los terremotos que asolaron la región oriental de nuestra patria en los edificios de la nueva Ciudad Universitaria, aparecieron inmediatamente los aludidos propagandistas. Comienzan a repartir propaganda escrita. La gente sencilla la recibe porque no sabe de qué se trata. Otro pastor comienza a recoger firmas sin saber los firmantes para qué. Algo que nos querrán regalar, se decían. Mas cuando los sacerdotes católicos que con tanto celo atendían a los ingenuos damnificados les descubrieron de lo que en verdad se trataba, todos ellos reaccionaron al momento, rompieron las hojas repartidas, se borraron de las listas, se enfrentaron con los pastores, los que al ver la actitud nada prometedora de las gentes recurrieron al auxilio de un agente de policía que por allí se encontraba, al que malhumorados le dijeron: Si se permite a los sacerdotes católicos el hacer propaganda, ¿por qué se nos rechaza a nosotros? Respuesta que recibieron del agente de policía: Lo que pasa es que todos quieren a los Padres y a Uds. no.

Ante esta inesperada salida, tan espontánea como verdadera, no tuvieron más remedio que marcharse por donde habían venido.

La variedad de sectas que nos visita es abundante. Vienen adventistas, asambleas de Dios, evangelistas, bautistas, cuáqueros, ejércitos de salvación, testigos de Jehová, episcopalianos, presbiterianos, metodistas, mormones, reformados, etc., etc. Como ven la flora y fauna es variada y capaz de contentar a todos los gustos y de satisfacer las aficiones más estrafalarias. Ofrecen religiones de todas las marcas, de la misma manera que el comerciante nos ofrece refrigeradoras, radios y máquinas de lavar ropa, de todas las patentes. Si la cosa no trajera consecuencias tan trágicas, se la podría tomar a chirigota. Pero hay que reconocer que estos sembradores del mal introducen por lo menos la duda y la confusión en el pueblo sencillo.

Lo que más irrita y entristece el ánimo en la campaña protestante es el abuso que tales propagandistas hacen con la gente sencilla. Se aprovechan precisamente de la ignorancia del pueblo para hacer su agosto. Es esto tan verdadero, que en algunos casos ha bastado la presencia del sacerdote en las regiones invadidas por los seguidores de Lutero para que desaparecieran, como por ensalmo, los pastores y sus seguidores.

Mas, por desgracia, esto no sucede siempre. La escasez de clero es tan descorazonadora que en muchas regiones pasan meses y aun años sin ver al Padre, o porque no pueden ir a visitarlos, o porque lo hace muy de prisa por falta de tiempo. Y como es natural, la ausencia del sacerdote, la ignorancia de la religión, el acoso de los protestantes, las promesas, los regalitos y la misma inclinación natural al culto religioso, todo junto va haciendo su obra, y consiguen adeptos entre estas pobres ovejas abandonadas, las que después de ser envenenadas, pronto pasan a ser enemigos declarados de la Iglesia Católica.

Ya tenemos con esto echada y sembrada la semilla de la discordia en un pueblo laborioso y católico, el que hasta hace poco pertenecía por completo a la única religión verdadera, la del Divino Salvador del Mundo.

Dice Jesucristo en el Evangelio: "El Reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero cuando estaba durmiendo, vino cierto enemigo suyo, y sembró cizaña en medio del trigo

y se fué. Estando ya el trigo crecido y apuntando la espiga, apareció asimismo la cizaña. Entonces dijéronle los criados al señor: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo, pues cómo tiene cizaña? Respondiéndoles el señor: algún enemigo la habrá sembrado. . . ”

Esta es nuestra historia. El Señor por medio de sus ministros sembró la semilla evangélica en el territorio patrio. En la ausencia de los operarios, vino el protestantismo, enemigo implacable del Señor, y ha sembrado la semilla de la herejía en medio de la grey de Cristo. La cizaña crece ya en medio del buen trigo con peligro de agostarlo. Han rasgado con ello la túnica inconsútil de Cristo, y las ovejas no pertenecen a un solo redil, ni están bajo un solo pastor. La discordia religiosa ha prendido en el pueblo salvadoreño. Los primeros brotes de esta lucha ya han aparecido. Dado el carácter altanero y de agresividad de nuestros pueblos, una lucha religiosa en nuestro ambiente traería consecuencias desastrosas, y todo se puede temer. ¿Qué fines pretende el protestantismo entre nosotros? ¿Enseñarnos la verdad? Mal puede enseñarnos la verdad quien no la posee. Desde que Lutero separó de la Iglesia a gran parte del centro de Europa, andan sus seguidores en busca de la verdad sin lograr encontrarla todavía.

Cuatro notas caracterizan a la verdadera Iglesia: la unidad, la santidad, la catolicidad y la apostolicidad. Ninguna, de los cientos y cientos de sectas protestantes, será capaz ni se atreverá a demostrar que goza de estas cualidades esenciales para probar su veracidad.

Hablar de unidad entre los protestantes es como “mentar la soga en casa del ahorcado”. Al constatar ellos mismos esa perenne e incesante proliferación de sectas nacidas en su mismo seno se han alarmado y con razón. Si dijéramos que las sectas protestantes pasan de cuatrocientas, nos quedaríamos cortos aún. Todos los intentos para cortar este constante fraccionamiento han fracasado rotundamente. Otra anécdota para confirmar nuestro aserto. Dice un escritor jesuita: “Hace dos años seguía con cierto interés y de cerca la propaganda y la celebración de los congresos ecuménicos que propugnaban la unión de las Iglesias Protestantes. Impresionado por la trompetería de la propaganda, pregunté al P. M. Ahern, S. J., perito en la materia y buen conocedor del paño. Su respuesta fué tan rápida como decisiva: no le dé vueltas Padre, eso es gana de perder el tiempo. Si al comenzar la conferencia en pro de la unión, son diez las sectas reunidas, al terminarla serán lo menos once. Ese es el éxito”.

Otro dato. La idea que prevaleció en la Asamblea Protestante de Oxford en 1937 fué ésta: ya que no podemos unirnos en lo concerniente a nuestras convicciones básicas, al menos trabajemos juntos en obras comunes, en problemas y necesidades comunes, en tareas de beneficencia y de acción social. Si el Consejo Misionero quería la unión de los corazones, este otro movimiento quiere la unión de las manos. Los principales animadores de este Consejo de Vida y Obras pertenecen al tipo liberal de protestantismo que, indiferente al dogma, sacan esta conclusión: si las doctrinas dividen, los trabajos unen. Tal fué la segunda fase del movimiento ecuménico protestante.

Esto nada tiene de extraño. El protestantismo, en su misma esencia, si es que tiene alguna, lleva el germen disociador por naturaleza. Es un cuerpo sin vértebras y fácilmente se vuelve escisiparo. Un desacuerdo entre un pastor y sus superiores eclesiásticos, una diferencia de cualquier punto de doctrina o de disciplina, un movimiento religioso que conmueve

la apatía religiosa de la secta a que se pertenece, y a veces una cuestión política o una circunstancia histórica, bastan para producir nuevas sectas o alguna escisión entre los fieles de una misma secta.

La libre interpretación de la Biblia, con la negación de la autoridad papal para dirimir toda cuestión dudosa, doctrinas ambas aceptadas por todas las sectas, son dos principios de desunión y de discordias internas inacabables. Y por todas las trazas, estas doctrinas tan tenazmente sostenidas por ellos, son las que los están llevando a la atomización más ridícula y a su misma muerte.

En dos puntos sin embargo parecen convenir todas las sectas, y las dos negativas: en el odio a la Iglesia Católica y en el desprecio al Romano Pontífice.

Para confirmar lo dicho quiero hacer referencia a un folleto repleto de propaganda protestante, publicado en Nueva York y distribuido entre los católicos mejicanos que dice así: "Hay actualmente tres fuerzas que ponen al mundo en peligro, el catolicismo romano, el comunismo y la incredulidad modernista. El catolicismo romano intenta esclavizar al mundo. Los romanistas estiman tanto los sacramentos que han inventado cinco más de los que la Biblia enseña, por consiguiente tienen siete en vez de dos. La Extremaunción es un cuadro claro de ese sacerdotismo. El sacerdote pone la hostia consagrada, un pedazo de pan, en la boca del moribundo, aunque lleve varias horas de muerto". Y así otras lindezas por el estilo. Un poco más abajo continúa así, después de referirse a los lobos con pieles de oveja: "Tales cosas suceden en países como México donde Roma gobierna sin piedad. Bajo este falso punto de vista unido con tradiciones paganas, los lobos se aprovechan de la grey para conducirla al abismo moral y material". No merece la pena seguir copiando más.

¿Qué fecundidad espiritual se puede esperar de una religión fundada sobre arena movediza?

La santidad la tendrían que probar con hechos, mostrando al mundo eximios dechados de santidad que sus sectas hayan producido. Rechazando, como rechazan, las fuentes inagotables de toda santidad que son los sacramentos, de institución divina, para ser precisamente la fuente de toda santidad, poca cosa se puede esperar de ellos en asunto tan delicado y trascendental. La Iglesia Católica por el contrario, en ese mismo siglo XVI, en el que los novadores luteranos se quejaban de la falta de santidad en su seno, nos puede presentar como ejemplos máximos de santidad, reconocida por el mundo entero, a Pío V, Carlos Borromeo, Felipe de Neri, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Juan de Avila, Isidro Labrador, Francisco de Borja, Estanislao de Kostka, Luis Gonzaga, Juan de la Cruz, Teresa de Avila, valores portentosos que admiraron al mundo con sus heroicas virtudes y caridad exquisita.

La catolicidad fuera de la Iglesia Católica no existe. Ella es la única Iglesia que en las cinco partes del mundo reconoce a una sola cabeza, el Papa. Ella es la única en el mundo que tiene un solo credo, un solo dogma, una sola moral.

Tampoco el protestantismo tiene la nota de la apostolicidad. Roma es la base y el origen de la apostolicidad, porque su Iglesia fué fundada en tiempo de los apóstoles y por los mismos apóstoles. Esto es claro como la luz del día. Y los obispos de esta Iglesia en serie no interrumpida han llegado hasta nuestros tiempos. Y todos los otros obispos del mundo

están en conexión con el Romano Pontífice y de él reciben su autoridad. Luego ellos son los auténticos sucesores de los apóstoles. El luteranismo rompió con la apostolicidad cuando en el siglo XVI se separó de la Iglesia Romana.

Partiendo del principio cierto de que Jesucristo fundó una sola Iglesia, ¿cuál de las cuatrocientas y más sectas se podrá gloriarse de ser ella la verdadera Iglesia con exclusión de todas las demás? Ciertamente ninguna, fuera de la Iglesia Católica. Por consiguiente si ninguna secta protestante tiene la verdad, ¿por qué vienen a nosotros, a El Salvador, a enseñarnos la mentira? La verdad, como Dios, es una, y el que no tiene esa verdad, está en el error y la mentira.

Los protestantes no vienen por lo tanto a traernos la verdad. Otras causas han de ser las que muevan a las sectas luteranas a esta propaganda tenaz y descarada en medio de un pueblo católico. Recordemos que la causa protestante viene muy forrada de dólares, y que de ahí, de Norteamérica, parte ese río inagotable de oro y de energías humanas que están invadiendo a la América Centro y Sudamericana. Ahí es donde hay que buscar la causa. Porque si se cortara el torrente de dólares que viene del norte, pronto las Iglesias Protestantes de nuestros pueblos morirían de inanición.

Una de las causas puede ser el vertiginoso y constante aumento de la Iglesia Católica en el gran país del norte. La carrera ascendente del Catolicismo en ese país es maravillosa. He aquí unos datos sacados de Official Catholic Directory de Estados Unidos para el año de 1950.

	Año 1949	Año 1950
Clero	42.334	42.970
Iglesias	15.112	15.292
Niños en escuelas católicas	4.401.524	4.750.956
Población católica	26.718.141	27.766.141

Los aumentos son significativos. Hay 636 más sacerdotes que el año pasado. 180 nuevas iglesias. Los niños en las escuelas católicas han aumentado en 349.432. Por fin, el aumento total de los católicos ha pasado con mucho del millón.

Al lado de este consolador aumento del catolicismo yanqui resalta con tintas negras la atomización continua de las sectas protestantes. Un síntoma altamente revelador de que la verdad no está con ellos, y al mismo tiempo, del poder expansivo de la Iglesia, es el constante aumento de las conversiones de protestantes de todas las sectas a la Iglesia Católica. Nos maravillábamos cuando las estadísticas de convertidos subían hace algunos años hasta ochenta y noventa mil por año. Pues bien, según el Directorio Católico citado, las conversiones del año 1950 se acercan a las ciento veinte mil. Más aún, nos consta por informaciones confidenciales que esta cifra oficial se queda por debajo de la realidad, y que por ciertas razones prudenciales no parece oportuno publicar.

Estos datos no son nada alentadores para los seguidores de Lutero, y demuestran muy a las claras de qué parte está la verdad.

Para reparar estas pérdidas hay que buscar naturalmente compensaciones. Y como en la patria de Washington no parece estar el terreno muy propicio para la expansión protestante hay que buscar otras tierras más esperanzadoras para compensarse de estas pérdidas.

Pero a mi modo de ver, no creo que esta compensación sea el móvil principal de la ofensiva protestante por tierras iberoamericanas. Si fuera

el celo lo que realmente los impulsa a este expansionismo de las doctrinas luteranas, les podríamos argüir así: puesto que la caridad bien ordenada comienza por sí mismo, ¿por qué no trabajan con los suyos, con los de su propia nación, en donde el materialismo de la vida está haciendo racias impresionantes? De los 150 millones de habitantes ¿cuántas docenas de millones viven completamente separados de toda creencia? Si tuviéramos cifras concretas nos aterrariamos de ello. Ahora bien, ¿por qué los propagandistas del protestantismo no trabajan en campo tan vasto y abandonado y han de venir a predicarnos donde la inmensa mayoría de las gentes tienen ya su religión, aunque muchos, por descuido, no la practican? Desechemos por lo tanto, que sea el celo de las almas lo que les impulsa a su propaganda. Hay que buscar otros motivos.

Tengamos presente que toda la propaganda protestante viene, como hemos dicho antes, muy forrada de dólares. Los donantes de esos dólares, ¿qué buscan en Hispanoamérica?

Cuando los grandes pueblos están en el apogeo de su grandeza, ple-tóricos de poder, buscan naturalmente su expansión. Es ley de la historia. El espíritu de mando y de control internacional es innato a todo pueblo poderoso y que por lo mismo es dominador, sobre todo si los otros pueblos más débiles o menos desarrollados necesitan de su apoyo para su mejoramiento. Pero resulta a veces que estos pueblos necesitados son de distinta idiosincrasia, piensan, sienten y creen de manera muy diversa del pueblo que los quiere asimilar. Mas como este modo de ser es una barrera para el expansionismo del fuerte, nada tiene de extraño que el poderoso trate de extinguir en el débil su espíritu, para de esta manera, poder infiltrar en él su propio modo de pensar y de creer, y preparar con ello el camino a la asimilación total. ¿Será este el caso de Estados Unidos para con los pueblos centro y sudamericanos?

La mentalidad yanqui es muy tarda para comprender el modo de vida de los otros pueblos. Es una mentalidad ingenua, estima a los otros pueblos, pero no los comprende. Y no concibe que puedan vivir de modo diferente al suyo. Si piensa así con respecto a Iberoamérica creemos sinceramente que se equivoca. Jamás podrá asimilarlos con esos métodos. Si se ha erigido como el principal promotor de la buena vecindad, no nos oponemos a ello. La amistad entre los pueblos siempre es constructiva y no se debe desechar. Mas si para el fomento de esta amistad ha de exigir que nos desprendamos de nuestro modo de creer, de pensar y de ser, desde ahora la rechazamos, no queremos esa amistad. Preferimos el distanciamiento a la claudicación. Si se nos quiere ayudar, recibiremos ese apoyo con la mejor buena voluntad. Se lo agradeceremos con todo el alma. Pero si nos quieren desarticular, para ello mejor que se queden en su casa.

En muchas partes se ha caído en la cuenta de estas intenciones un poco bastardas, y se comienza a decir que con esta propaganda desarticulada se pierde todo lo que consiguen con la generosa ayuda material.

No se metan con nuestros sentimientos. Respeten nuestra unidad religiosa. No vengán a separarnos y a enemistarnos. Que vengán, en buena hora, tractores, automóviles, refrigeradoras, jeeps, radios, pero que no sea esto a trueque de nuestra desunión y de nuestro catolicismo.

Basiliano Muruzábal, S. J.